

recer más brillante. Voy, al propio tiempo que á hablar á vuestro talento, á vuestros ojos : ¿ os acordáis que un día, en nuestro viaje á Saboya, al salir de Entremont, al divisar, desde lo alto de una montaña, el Ródano, que brillaba á los rayos del sol como un río de plata ; os acordáis, que dejando de pronto mi brazo, y corriendo hacia la plataforma de la montaña, os detuvisteis de pronto con espanto, al ver á través de las flores y hierbas que formaban una tupida alfombra, un abismo abierto bajo vuestras plantas, y que no se veía hasta estar en el borde de él ?

— ¡ Oh ! si ; me acuerdo de ello, dijo cerrando los ojos y palideciendo ligeramente Mad. de Marande, y soy feliz al acordarme de ello, porque si vos no me hubieseis detenido y retirado rápidamente, no tendría ahora probablemente la dicha de poderos dar de nuevo las gracias.

— No las solicitaba, señora. Sólo deseaba, por medio de una imagen, y solicitando vuestros recuerdos, explicaros más claramente que hasta ahora lo había hecho, lo que hace poco llamaba un abismo. Pues bien, vuestra belleza me espanta como aquella sima de seiscientos pies, cubierta de hierbas y flores, y tengo miedo de que un día ú otro no nos sepulemos en ella entrambos. ¿ Comprendéis bien esta vez, señora ?

— Sí, caballero ; creo que empiezo á comprender, respondió Lydia bajando los ojos.

— Si empezáis á comprender, respondió sonriendo Mr. de Marande, estoy perfectamente tranquilo, porque pronto me comprenderéis del todo.

CAPÍTULO IX.

CONTINUACIÓN Y FIN DE UNA CONVERSACIÓN CONYUGAL.

— Y bien, señora, decía, continuó Mr. de Marande, que reemplazando para con vos á vuestro padre, sabéis que nunca he reclamado otros derechos que los de éste ; que reemplazándolo aún, debo dirigir una mirada con cierta inquietud sobre la turba de bellos y elegantes dandis que rodean á mi hija.

Observad, señora, que mi hija goza de amplia libertad ; entre esa nube almibarada, compuesta y perfumada, puede hacer por sí misma su elección ; de esta elección jamás podrá venir una desgracia. Sólo que creo, no de mi derecho, sino de mi deber, decirle siempre como un padre : bien elegido, hija mía ; malá elección, hija mía.

— ¡ Caballero !...

— ¡ Todavía no ! me engaño... no le diré esto ; pasaré revista á los hombres que más particularmente se ocupan de ella, y le diré mi parecer sobre esos hombres.

¿ Queréis mi opinión, señora, sobre algunos de los que más particularmente se han ocupado anoche de vos ?

— Hablad, caballero.

— Vamos á principiar por Mr. Coletti.

— ¡ Caballero !

— No hablo de él más que de memoria, y como introducción conveniente á la lista. Además, M. Coletti es un prelado encantador.

— Un sacerdote...

— Tenéis razón ; soy de vuestra opinión. Un sacerdote no es peligroso para una mujer como vos, bella, joven, rica y libre, ó casi libre, y Mr. Coletti puede ocuparse de vos pública ó particularmente ; venir á veros en mitad del día ó en medio de la obscuridad, sin que nadie piense jamás en decir, que Mad. de Marande es la querida de Mr. Colletti...

— Y sin embargo, caballero... dijo Mad. de Marande cortando la frase con una sonrisa.

— Sin embargo, os ama, ó más bien, está enamorado de vos. Mr. Coletti no ama á nadie más que á sí mismo, ¿ no es esto lo que queríais decir ?

La sonrisa que permanecía aún en los labios de Mad. de Marande, era una tácita adhesión al parecer de su marido.

— Y bien, continuó el banquero, un adorador entre los altos dignatarios de la Iglesia sienta bastante bien á una mujer joven y linda, sobre todo, cuando esta mujer joven y linda no es prudente, ni tiene otro amante.

— ¡ Otro amante ! exclamó Mad. de Marande.

— Reparad que no hablo de vos, generalizo la cuestión : digo una mujer joven y linda. Vos sois joven, entre las jóvenes, bella, entre las más bellas : pero al fin y al cabo no sois la única mujer joven y bella de París ; ¿ no es verdad ?

— Nunca he abrigado semejante presunción.

— Vaya, pues, por Mr. Coletti. Hace que os guarden el mejor palco del Conservatorio, cuando hay conciertos espirituales : hace que os guarden también la mejor tribuna de Saint-Roch para oír el *Magnificat* y el *Dies iræ*, y ha dado á mi mayordomo dos recetas para hacer el puré

de perdiz, que han sido la admiración de vuestros dos viejos chichisveos, Mrs. de Courchamp y de Montrond.

Viene después un muchacho guapo y buen mozo, y á quien quiero con todo mi corazón.

Mad. de Marande interrogó con la vista á su marido.

Esta mirada decía claramente :

— ¿ Quién es ?

— Dejadme que os haga su elogio, no como autor dramático, ni como poeta. Ya sabéis que entre nosotros los banqueros no conocemos nada respecto á la poesía y al teatro ; sino como hombre.

— ¿ Vais á hablarme.. ?

Mad. de Marande dudó.

— Voy á hablaros de Mr. Juan Robert, ¡ pardiez !

La segunda nube de arrebol, mucho más intensa y permanente que la primera, cubrió el rostro de Mad. de Marande.

Mr. de Marande no perdió ni el más ligero tinte : sin embargo, pareció no haber fijado en ello su atención.

— ¿ Vos queréis á Mr. Juan Robert ? preguntó Mad. de Marande.

— ¿ Por qué no ? es de buena casa. Su padre, casi contemporáneo del vuestro, ocupaba en los ejércitos republicanos un grado superior al que el vuestro ocupaba en los ejércitos imperiales. Si hubiera querido unirse á la familia de Napoleón, acaso habria muerto mariscal de Francia en vez de dejar al morir á su familia en la miseria ó poco menos. El joven comprendió su posición y caminó valerosamente á través de las dificultades de la vida. Tiene un corazón franco, honrado y leal, que acaso sabe ocultar su amor, pero no disfrazar sus antipatías. Á mí, por ejemplo, no me quiere.

— ¡ Cómo que no os quiere ! dijo Mad. de Marande, dejándose llevar de un arranque natural ; le he dicho, sin embargo...

— Que aparentara querer más. Pues bien, el pobre muchacho, aun cuando tenga, y no lo dudo, gran respeto á vuestras insinuaciones, no podrá nunca llegar á obedeceros. Si de improviso le encuentro y se ve obligado á saludarme, á mí, que cumplo con un deber de cortesía, para hacerle aceptar una de vuestras invitaciones, lo hace con tal frialdad, que á cualquiera que no fuera yo, le ofendería. Y bien, yo sé esto, sé que ha puesto cuantas dificultades y obstáculos ha podido ayer ; pero yo le he obligado, le he forzado á que me diera la mano, ¡ y si supierais todo lo que el pobre muchacho ha sufrido en el tiempo que su mano ha permanecido entre las mías !... Esto me ha conmovido, y cuanto más me aborrece, más le quiero. Vos comprenderéis esto, señora, porque si es un hombre ingrato, al menos es también un hombre honrado.

— En verdad, caballero, que no sé cómo tomar lo que me decís.

— Como es preciso tomar todo lo que yo os diga, señora, porque es la verdad. Ese muchacho cree haberme faltado, y esto le embaraza.

— Pero, ¡ qué falta !

— No os diré que no sea un visionario. Es poeta, y todos los poetas lo son poco ó mucho. Á propósito de esto tengo que haceros una observación : os escribe versos, ¿ no es verdad ?

— ¡ Caballero !

— Os los escribe, los he visto.

— Pero no los hace imprimir.

— Hace bien si son malos ; hace mal si son buenos. Que

no le sirva yo de estorbo. Pongo una condición sin embargo.

— ¡Cuál?... ¿ Que no ponga en ellos nombre alguno ?

— ¡ Al contrario ! ¡ Misterios con nosotros, sus amigos... pardiez ! Nada, nada ; que vuestro nombre se lea en ellos con todas sus letras. ¿ Quién diablos creéis que pueda ver nada malo en unos versos hechos á una mujer bonita por un poeta ? Cuando hace versos á la luna, al sol, á una flor cualquiera, ¿ pone una inicial solo ? No, pone el nombre entero. Como la flor, como la luna y como el sol, sois una de las buenas, bellas y bienhechoras creaciones de la naturaleza ; que os trate, pues, como al sol, como á la luna y como á las flores.

— En verdad, caballero, si habláis seriamente...

— ¡ Oh !... esto os hace respirar más libremente.

— ¡ Caballero !...

— Así pues, queda convenido. Quiera ó no quiera, Mr. Juan Robert queda admitido en el número de nuestros amigos, y su asiduidad causará admiración : podéis decir lo que es verdad, que ni vos ni él habéis buscado esa intimidad, sino yo, yo mismo, que hago plena justicia al talento, á la delicadeza y á la discreción de Mr. Juan Robert.

— ¡ Oh ! qué hombre tan extraño sois, caballero, dijo Mad. de Marande, y ¿ quién me podrá decir el secreto del singular afecto que me profesáis ?

— ¿ Os cansa, señora ? preguntó Mr. de Marande con una sonrisa, en la que se traslucía cierta melancolía.

— Á Díos gracias, no ; sólo que me hace temer una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que el mejor día... pero, no ; es inútil que os diga

lo que se me viene á la imaginación, ó mejor dicho, lo que presiente mi corazón.

— Decid, señora, si es que lo que tenéis que decir puede ser dicho á un amigo.

— No, porque casi parecería una declaración.

Mr. de Marande miró fijamente á su mujer.

— ¿ Pero y á vos no se os ha ocurrido nunca otro tanto ? preguntó Mad. de Marande.

Mr. de Marande continuó mirando á su mujer

— Decid esa cosa, señora, contestó después de algunos momentos de silencio.

— Es que... por más ridículo que esto sea, una mujer puede llegar á enamorarse de su marido.

Una nube pasó por el rostro de Mr. de Marande. Cerró los ojos, y su rostro, si es posible expresar así esta idea, se quedó en tinieblas.

Después, moviendo la cabeza y como saliendo de un sueño :

— Si, dijo, por más ridículo que parezca, puede suceder. Rogad á Dios, señora, que semejante fenómeno no se produzca ni realice entre nosotros.

Y añadió en voz baja y frunciendo el ceño :

— Sería una gran desgracia para vos... y sobre todo para mí.

Se levantó después, dió dos ó tres vueltas por la habitación, afectando el quedar siempre en la parte que correspondía á la cabecera del lecho de Mad. de Marande, y en donde, como es natural, no podían seguirle las miradas de ésta.

Pero, gracias al espejo colocado junta al lecho, Mad. de Marande observó que su marido se enjugaba la frente, y acaso los ojos, con su pañuelo.

CAPÍTULO X.

FIN DE LA CONVERSACIÓN CONYUGAL, QUE ACASO HA SIDO UN POCO MÁS LARGA DE LO QUE EL AUTOR SE HABÍA IMAGINADO.

Sin duda Mr. de Marande observó que su emoción, fuera de ella la causa que quiera, le hacia traición á los ojos de su mujer, pues serenando su fisonomía y forzando á sus labios y á sus ojos á sonreír, volvió á ocupar el asiento que había quedado vacío durante algunos minutos.

Después de un instante de silencio, dijo :

— Una vez, señora, que he tenido el honor de deciros mi opinión sobre monseñor Coletti y sobre Mr. Juan Robert, me resta sólo preguntaros la vuestra sobre Mr. Loredán de Valgeneuse.

Mad. de Marande miró á su marido como admirada.

— Mi opinión sobre él, caballero, dijo, es la de todo el mundo.

— Decidme, pues, la de todo el mundo, señora.

— Pero, Mr. de Valgeneuse...

Se detuvo como si temiera ir más lejos.

— Perdonad, añadió, pero me parece que estáis prevenido en contra de Mr. de Valgeneuse.

— ¡ Prevenido yo !... Dios me libre de tener preveniciones contra Mr. de Valgeneuse. No hago más que oír lo que se dice, y vos, ¿ sin duda que sabréis lo que se dice de Mr. Loredán de Valgeneuse ?

— Que es rico, que tiene mucha fortuna, y que está bien mirado en la corte. Basta esto, y aun es más que suficiente para que hablen mal de él.

— ¿Pero sabéis lo malo que de él dicen?

— Como sé lo que le favorece; muy medianamente.

— Pues bien, hé aquí lo que dicen. Empezaremos primero por su riqueza.

— ¡Oh! esa es incontestable.

— Ciertamente, por lo que toca á la realidad de su existencia: pero un poco dudosa, por lo que hace al modo de haber sido adquirida.

— El padre de Mr. de Valgeneuse, ¿no ha heredado esa fortuna de su hermano mayor?

— Sí, sólo que corre sobre esa herencia una obscura historia, algo como un testamento que desapareció en el momento de la muerte de su hermano mayor, el cual dejó de existir en el momento que menos se esperaba, atacado de una apoplejía fulminante. Tenía además un hijo... ¿No habéis oído hablar de esto, señora?

— Muy vagamente. La sociedad que mi padre frecuentaba, no era la de Mr. de Valgeneuse.

— Vuestro padre era un hombre honrado, señora, y á él se le podía aplicar perfectamente aquel refrán de « Dime con quién andas, te diré quién eres. » Pues bien, tenía un hijo el hermano mayor de Mr. de Valgeneuse, un buen muchacho, á quien los herederos (al menos de esto se les acusa, y al decir que se les acusa, no hablo de una acusación pública, ni de una demanda ante los tribunales) arrojaron de la casa de su padre, porque era público y notorio que era hijo del marqués de Valgeneuse, sobrino del conde, y primo por consecuencia de Mr. Loredán y de Mlle. Susana. Pues bien, este joven, acostumbrado á una vida

cómoda y desahogada, hallándose de pronto sin recursos, se pegó un tiro...

— ¡Qué historia tan sombría!...

— Ciertamente, y que en vez de entristecer á la familia, por el contrario, la alegró bastante. Viviendo ese joven, de un momento á otro podía hallarse el testamento, y el verdadero heredero aparecerse armado con tal documento. Pero muerto el heredero, no hay miedo de que el testamento aparezca solo, por sí y ante sí.

Esto es por lo que hace á su riqueza.

En cuanto á su buena fortuna, presumo que esta frase la emplearéis para expresar que tiene partido con las mujeres.

— ¿No es así como la llaman? preguntó Mad. de Marande sonriendo.

— Pues bien, en cuanto á su buena fortuna, parece que se halla limitada á las mujeres del gran mundo, y que cuando se dirige buenamente á lo que se llama muchachas del pueblo, á pesar del generoso apoyo que en estas circunstancias suele prestarle su hermana Mlle. Susana, ese joven se ve obligado algunas veces á emplear la violencia.

— ¡Oh! caballero, ¿qué decís?

— Una cosa que Mr. Coletti os diría probablemente mejor que yo, porque si Mr. de Valgeneuse es bien mirado en la corte, es por la Iglesia.

— Y decís, caballero, replicó Mad. de Marande, que tomaba cierto interés en estas acusaciones verdaderas ó falsas, decís que Mlle. de Valgeneuse secunda á su hermano en sus empresas amorosas?

— ¡Oh! eso es sabido, y las personas que conocen la apasionada amistad que Mlle. Susana profesa á su her-

mano, no dudan de ello. Mlle. Susana se diferencia de su hermano, en que gusta de la vida íntima, de la vida de familia, y casi todos sus placeres los halla en la intimidad de la vida casera.

— Cómo, caballero, ¿creéis semejantes calumnias?

— Yo, señora, no creo nada, excepto en las oscilaciones de la Bolsa, y aun preciso es que para esto vea la cotización impresa en el *Monitor*. Pero en lo que sí creo es, en la fatuidad y presunción de Mr. de Valgeneuse. Es como los caracoles que se crían en las verduras; mancha las reputaciones que no destroza.

— ¡Ah! vos no queréis á Mr. de Valgeneuse, dijo Mad. de Marande.

— No; lo confieso francamente. ¿Le queréis vos por ventura, señora?

— ¡Yo!... ¿Me preguntáis si yo quiero á Mr. Loredán?

— ¡Dios mío!... os pregunto esto, como os pudiera preguntar cualquiera otra cosa. Sólo que me he servido de una mala locución. Sé bien que no queréis á nadie en el sentido absoluto de la palabra amar. He debido deciros, si os agrada Mr. Loredán.

— Me es indiferente.

— ¿De veras?

— Cierto.

— ¿Así como lo decís?

— Como os lo digo.

Hubo un momento de silencio.

Mad. de Marande prosiguió:

— Sólo que, lo mismo á él que á cualquiera otro, no me agradaría el ver que le sucediese una desgracia que no hubiera merecido.

— ¿Y quién puede desear semejante cosa?

— Es verdad, nadie.

— Por mi parte, señora, protesto desde luego que si amaseis más á Mr. de Valgeneuse, no le sucedería ninguna desgracia que no hubiera merecido.

— ¿Pero qué desgracias puede merecer Mr. de Valgeneuse, y cómo y por qué pueden sobrevenirle esas desgracias?

— ¡Oh! bien sencillamente, señora. Así, por ejemplo, esta noche Mr. de Valgeneuse os ha hecho la corte muy asiduamente.

— ¿Á mí?

— Á vos, señora.

— ¿Estáis loco?

— Hablo formalmente.

— Apenas me atrevo á creerlos.

— Cierto que no hay en ello inconveniente alguno. Estaba en vuestra casa, y el empeño que tenía en hallarme siempre al lado vuestro, podía considerarse como un exceso de política, excusable en cierto modo. Pero comprended bien: vos asistís á otras reuniones que á las nuestras; encontraréis en otros lados á Mr. de Valgeneuse. Pues bien, si durante ocho días solamente, hace en esos otros sitios lo que ha hecho aquí, sois una mujer comprometida. ¡Oh! Dios mío, no quisiera asustaros, señora; pero el día en que vos seáis una mujer comprometida, Mr. de Valgeneuse será hombre muerto.

Mad. de Marande lanzó un grito.

— ¡Oh! caballero, dijo; ¡muerto por mi causa; muerto por mí!... Sería un remordimiento para toda mi vida.

— ¿Pero quién os dice que será por vos ó á causa de vos, por lo que yo mataré á Mr. de Valgeneuse.

— Vos mismo, caballero.

— No he dicho una palabra de todo esto. Si yo matara á Mr. Loredán por vos ó por causa vuestra, quedaríais tan comprometida como antes de su muerte. No... lo mataré á propósito de... la ley sobre la libertad de imprenta ó sobre la última revista de la guardia nacional, como he matado á Mr. de Bedmar.

— ¡ Á Mr. de Bedmar! exclamó Lydia palideciendo como si fuera á caer desmayada.

— Y bien, dijo Mr. de Marande, ¿ se ha sabido acaso, ni se sabrá nunca, que fué por causa vuestra por lo que le maté?

— ¿ Vos habéis matado á Mr. de Bedmar? repitió Mad. de Marande.

— Si; ¿ no lo sabíais, verdad?

— No.

— ¡ Oh! os confieso, sin embargo, que dudé un momento.

— ¡ Dios mío!...

— Sabéis, ó mejor dicho, no sabéis los motivos que yo tenía para despreciar á Mr. de Bedmar. En una circunstancia adquirí el convencimiento de que su conducta no había sido la de un hombre honrado. Si, me escribió uno de mis corresponsales de Italia, que el 20 de Noviembre de 1824, Mr. de Bedmar estaría en Liorna. Me acordé que tenía en el mismo punto un negocio importante, y llegué allí el 19 de Noviembre. Mr. de Bedmar llegó á su vez. Entonces, no recuerdo cómo pasó, tuvimos en el mismo puerto de Liorna, en el momento en que él desembarcaba, una disputa, por una causa bien fútil, por un mandadero. La disputa se agrió. No tardé en verme insultado y en pedirle razón de este insulto, dejándole la

elección de armas, como tengo por costumbre. Tuvo el mal gusto de elegir la pistola, arma brutal, que destroza, rompe y mata. En el acto nos dimos cita para las ruinas de Pisa. Llegados al terreno, nuestros padrinos nos colocaron á veinte pasos: arrojóse un luis al aire para saber quién había de tirar primero, y la suerte decidió en favor suyo. Tiró... un poco bajo, y la bala me atravesó el muslo.

— ¡ Os atravesó!... exclamó Mad. de Marande.

— Si, señora; pero felizmente sin tocar en el hueso.

— Pero yo no he sabido que estuvierais herido.

— ¿ Para qué atormentaros con la noticia de una herida que al cabo de quince días estaba curada?

— ¿ Y herido como estabais?...

— Le apunté. En este momento fué cuando os digo que dudé. Era un buen mozo, del género de Mr. de Valgeneuse. Me decía á mi mismo: tal vez, como Mr. de Valgeneuse, será querido por una madre, por una hermana... esto me hacía dudar. Una línea á la derecha ó á la izquierda que apuntara, no le tocaba, y como estaba herido, el duelo hubiera concluido así. Pero me acordé que Mr. de Bedmar había engañado indignamente á una joven; que había tenido al alcance de su pistola al padre de esa joven, y que el miserable, olvidando que le había venido á pedir razón de la injuria que le había hecho á él y á su hija, había disparado y muerto á aquel padre. Entonces apunté recto al pecho. La bala le atravesó el corazón y cayó sin lanzar un suspiro.

— ¡ Caballero!... exclamó Mad. de Marande; caballero... ¿ decis que mi padre?

— Fué muerto en desafío por Mr. de Bedmar, señora; esta es la verdad. Ya veis que tuve motivo para no conce-

derle un perdón, que en igualdad de circunstancias tampoco concederé á Mr. de Valgeneuse.

Y saludando á su mujer con la misma tranquilidad que al entrar, Mr. de Marande salió, seguido por la extraviada mirada de Mad. de Marande.

— ¡ Oh ! murmuró Lydia, dejando caer su cabeza sobre la almohada ; que Dios me perdone, pero hay momentos en que creo que ese hombre me ama... y que yo le amo también.

CAPÍTULO XI.

Tribunal de Assises del Sena.

AUDIENCIA DEL 29 DE ABRIL. — PROCESO SARRANTI.

El lector, al saber por el mismo Salvador, que éste se dirigía al Palacio de Justicia para asistir á los últimos debates del proceso Sarranti, ha debido comprender la absoluta necesidad que teníamos de seguir á Mr. de Marande al cuarto de su mujer, para que inmediatamente no le hayamos conducido á esa inmensa y terrible sala del Palacio de Justicia, donde el crimen viene á buscar su castigo, y donde á veces, por un fatal error, la inocencia suele ser condenada.

Tres estatuas deberían colocarse en los tres ángulos de esta sala, esperando á la cuarta, que tal vez siempre estaría ausente.

Las de Calas, de la Barre, y de Lesurque.

Hacia las once de la noche, en el momento en que el rey Carlos X celebraba consejo ; en el momento en que cen-

tenares de lujosos trenes rodaban sobre el empedrado de la calle de Artois, yendo á parar en la puerta del palacio de Marande, los alrededores del Palacio de Justicia presentaban un espectáculo diferente, sí, pero tan curioso al menos como el del boulevard de los Italianos.

En efecto, desde el Chatelet, yendo de Norte á Sur, hasta la plaza del Puente San Miguel, el Puente del Cambio, la calle de la Barrillerie, el Puente San Miguel, y todas las calles vecinas ; y yendo de Oeste á Este, desde la plaza Delfina hasta el puente de la Cité, los malecones del Reloj, Desaix, de la Cité, del Arzobispado, de los Orfevres, estaban llenas de una multitud tan compacta, tan apretada, tan alborotada y murmuradora, que se hubiera creído que la antigua isla del palacio, flotando de pronto oscilaba en medio del Sena, haciendo un esfuerzo supremo para resistir al huracán que la empujaba hacia el mar.

Lo que contribuía á dar á aquella muchedumbre más semejanza con un Océano tempestuoso, era el mugido sordo y profundo, lúgubre y monótono con que hacia resonar todas las calles de alrededor, y que subía como una marea furibunda hasta las bóvedas del viejo palacio de San Luís.

Era en aquella tarde, ó por mejor decir en aquella noche, porque estaba ya bastante avanzada, en la que se debían cerrar los debates de este proceso, que con tanta razón preocupaba en tan alto grado la atención pública, desde el día en que apareció inserta en el *Monitor* el acta de acusación.

Los lectores no se admirarán de que un proceso destinado á formar época en los fastos de la justicia criminal atrajera un tan crecido concurso en los alrededores del

palacio, y á la sala de la audiencia un gentío mucho mayor que el que aquella podía contener.

Para evitar la confusión, y quién sabe si los desórdenes que hubiera podido motivar tal afluencia de gente, el presidente había juzgado necesario distribuir de antemano las papeletas de entrada á las personas, ó mejor dicho á una parte de las personas que las habían solicitado. Hasta los mismos abogados habían recibido una parte de ellas para cada uno de los días de la vista.

Había sido imposible satisfacer todas las innumerables peticiones que se habían dirigido en demanda de las papeletas. Más de diez mil peticiones se habían dirigido al presidente desde el día en que se publicó el acta de acusación.

La diplomacia, las dos cámaras, la nobleza, la toga, el ejército y la banca habían solicitado este favor. Pocas de estas peticiones habían podido ser desairadas.

Resultaba de aquí, que era tal el número de espectadores, que parecían estar soldados los unos á los otros, formando entre todos un solo cuerpo; así que, de cuando en cuando se oía en la puerta y en los corredores donde se estrujaban, la voz de un desventurado que se ahogaba en aquellas apreturas.

Y no solamente los espectadores ocupaban hasta el final de la galería y obstruían las numerosas escaleras que correspondían á las diversas puertas de entrada, sino que prolongándose esta inmensa fila de espectadores no privilegiados, extendía como una inmensa serpiente su cola hasta la plaza del Puente San Miguel, y la cabeza hasta la plaza del Chatelet.

Muchas banquetas que habían sido reservadas especialmente para los jueces, fueron bien pronto invadidas por

un gran número de señoras, que no habían podido hallar asiento en los bancos que les estaban destinados en el recinto interior, frente por frente del banco de los abogados.

Los debates estaban abiertos hacia dos días, y aunque hasta entonces no hubiese prueba alguna del crimen que se imputaba á Mr. Sarranti, decíase en el palacio, y la gente repetía, que debía en aquella misma noche pronunciar su veredicto el tribunal.

Esperábase á cada instante el oírle pronunciar; hablamos, ahora, de los que asistían de lejos á la sesión: y bien que fuesen ya las once, bien que circulase entre la gente algún rumor, falso ó verdadero, de que se acababa de enviar orden formal de que el crimen fuese juzgado en la misma sesión, como ninguna noticia llegaba afuera, los más impacientes comenzaron á lanzar enérgicos gritos, que no podían ahogar del todo los gendarmes esparcidos entre la muchedumbre.

Para los que asistían á los debates, el interés, por el contrario, iba creciendo, y trece horas de audiencia en un mismo día (la sesión había empezado á las diez de la mañana), trece horas de audiencia, como decimos, ni habían disminuido la atención de unos, ni entibiado la curiosidad de los otros.

Además del interés que excitaba el acusado en el ánimo de cada cual, estos debates, ya tan palpitantes, se habían hecho más interesantes aún todavía por el notable talento con que habían sido presididos, y al mismo tiempo por la energía y buen gusto del abogado defensor de Mr. Sarranti.

En cuanto al talento del presidente, era incomparable.

Era imposible tener en funciones tan

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

un espíritu de análisis más claro y preciso, una elocución más fácil y elegante, un sentimiento más elevado de las conveniencias y una imparcialidad más escrupulosa.

Porque, digámoslo de paso, ya que se nos presenta la ocasión, nosotros que nos preciamos en todo de esa escrupulosa imparcialidad que alabamos en el presidente; decimos que su talento, su habilidad y su equidad, ejercían en la marcha de los debates, y aún sobre la actitud del público, extraordinaria influencia. No se puede comprender cuánta grandeza y dignidad inspiran esas cualidades, y cómo ellas prestan á las sesiones de nuestros tribunales el carácter imponente que les es propio.

La solemnidad de este día tenía á la vez el carácter imponente de que hablamos, y un carácter sombrío, lúgubremente fantástico, que se comprende perfectamente, en cuanto con algunas palabras hagamos la descripción escénica de esta sesión.

Casi todo el mundo conoce la sala de audiencia del tribunal de Assises. Es un inmenso rectángulo, más largo que ancho, sombrío, inmenso, y alto como la nave de una iglesia.

Decimos sombrío aunque la luz entra por cinco inmensas ventanas y dos puertas vidrieras, colocadas en solo el lado izquierdo conforme se entra, pero sea que el costado, á través del cual no penetra luz alguna, excepto cuando se entreabre la puertecilla por donde entra y sale el reo; sea, decimos, que este muro sombrío, que en vano trata de alegrar algún tanto grandes cuadros de papel azul, proyecta sobre el de enfrente su obscuridad, con mayor fuerza aun que éste le envía su luz, ó sea que el templo de la justicia conserva como un reflejo del inmundado lodo con que el crimen ha manchado su pavimento; es uno sorprendido al

entrar por cierta sombría tristeza, por un estremecimiento de disgusto, por una impresión análoga á la que se sentiría, si al entrar en un bosque pusiera uno el pie sobre un nido de culebras.

Pero esta noche, en vez del color sombrío que en ella domina generalmente, la sala se halla iluminada por numerosas luces, más tristes acaso que su obscuridad.

En efecto, cuando uno se imagina aquel gentío, iluminado por la vacilante luz de cien bujías, por el reflejo de las lámparas que, cubiertas con pantallas, prestan al rostro de los jurados y jueces no sé qué extraño aspecto, qué lúgubre palidez, propia de los inquisidores, pintados por artistas españoles.

Al entrar en la sala, esta semi-luminosa obscuridad, ó mejor dicho, esta semi-sombría claridad, os trae á la memoria, á pesar vuestro, las misteriosas sesiones del Consejo de los Diez ó de la Inquisición.

Todos los tormentos y torturas de la edad media se agolpan á la memoria, y la vista busca inquieta en el más sombrío rincón al ejecutor de las sentencias

En el momento en que vamos á entrar, el fiscal iba á empezar su acusación.

Estaba de pie.

Era un hombre de elevada estatura, rostro pálido, huesoso y seco como un viejo pergamino, un cadáver animado; pero sin tener nada más vivo que la voz y la mirada, porque carecía completamente de acción y movimiento.

Y aun la voz era todavía débil como un soplo, y la mirada vaga y distraída sin expresión propia y fija.

Parecía, en fin, aquel hombre la encarnación viva del procedimiento criminal.

Era una requisitoria en carne y hueso ; en hueso sobre todo.

Pero antes de oír á los principales personajes del drama, digamos qué sitios ocupaban en la sala de la audiencia.

Entrando, al fondo, en el centro de la baranda circular, el presidente y el tribunal.

Á la izquierda del que entra, ó sea la derecha del presidente, por bajo de dos altas ventanas con vidrieras, los catorce jurados.

Y decimos catorce en vez de doce, porque el teniente fiscal, atendiendo á lo extensivo de los debates, habia pedido el aumento de dos jurados suplentes y un magistrado asesor.

En el recinto circular que rodea la mesa del tribunal, estaba el honrado Mr. Gerard, parte civil en el asunto.

Era, con corta diferencia, el mismo hombre calvo, con ojos grises, pequeños y hundidos, cejas espesas y erizadas, de en medio de las cuales salían, como cerdas de jabalí, rectos y agudos, largos pelos, que uniéndose en la línea de una nariz encorvada como el pico de un buitre, formaban sobre el ojo un arco de una curva exagerada y falta de toda proporción.

En una palabra, era aquella fisonomía baja y cobarde, que tan singular impresión causó á Domingo al entrar en la alcoba del moribundo.

El rostro del hombre que pide á la justicia que le venga de un asesino, es por lo regular, cualquiera que sea su fealdad, interesante, y aun conmovedor en el más alto grado, en tanto que la fisonomía del acusado causa desprecio y disgusto.

Pero aquí sucedía lo contrario, y si se hubiera consultado al público que componía aquella asamblea, por una-

nimidad, al ver á la derecha el franco y honrado rostro de Mr. Sarranti, y la leal, serena y hermosa figura de Domingo, por unanimidad hubiera dicho que los papeles estaban trocados ; que el asesino era la víctima, y que el que pasaba por víctima era el verdadero asesino.

Sin otra razón, sin otra prueba que la rápida inspección de estos dos hombres, era imposible ya ni dudar ni engañarse.

Y cuando hayamos dicho que Mr. Sarranti, escoltado por dos gendarmes, hablaba de cuando en cuando, apoyado en la barra, con su hijo y su abogado, habremos dado á conocer en todos sus detalles, la situación y colocación escénicas de esta triste solemnidad.

CAPÍTULO XII.

Tribunal de Assises del Sena.

AUDIENCIA DEL 29 DE ABRIL. — PROCESO SARRANTI.

(Continuación).

Hemos dicho que los debates habían empezado hacía dos días.

La sesión en que introducimos al lector era la tercera y probablemente la última.

Digamos rápidamente lo que había pasado en las dos primeras sesiones.

Después de los actos preliminares, se había leído el acta de acusación, que no reproduciremos, pero que las personas curiosas y que deseen conocer esta clase de documentos, podrán hallar en los periódicos de la época.